Nombre: _____ Fecha: _____

El tianguis de los sábados

Lea el relato con calma. Si lo desea, léalo dos veces.

Todos los sábados, a las ocho en punto, doña Ofelia salía de casa con su bolsa del mandado, una bolsa de red con asas de plástico rojo. El tianguis se ponía en la calle de atrás, en su barrio de Puebla, y desde la esquina ya se oían los gritos de los vendedores y se olía el cilantro recién cortado.

Ofelia empezaba siempre por el puesto de fruta de don Celso, porque las mejores guayabas se acababan pronto. Don Celso la veía llegar entre los toldos y la saludaba desde lejos: «¿Qué le damos hoy, marchanta?». Pesaba la fruta en una báscula de platos y, antes de cerrar la bolsa, siempre añadía algo de más: una naranja, un puñado de tejocotes, un limón. «Es el pilón», decía, y no admitía discusión. Ofelia llevaba once años comprándole y nunca había salido de su puesto sin pilón.

Aquel sábado, con las guayabas ya pesadas, Ofelia metió la mano en el bolsillo del suéter y no encontró nada. Buscó en la bolsa, en el otro bolsillo, otra vez en la bolsa. El monedero se había quedado en casa, encima de la mesa de la cocina, junto a la lista del mandado. Se puso roja como un jitomate y empezó a sacar la fruta para devolverla.

—Ni se le ocurra —dijo don Celso, y le cerró la bolsa—. Me paga el sábado que viene. Usted y yo ya nos conocemos.

Ofelia volvió a casa por el monedero, terminó el mandado y pasó la semana pensando en cómo agradecérselo. El sábado siguiente llegó al puesto con el dinero justo y seis tamales de rajas envueltos en una servilleta bordada. Don Celso cobró, desenvolvió los tamales, los olió con

El tianguis de los sábados (sigue)

los ojos cerrados y, sin decir nada, le metió en la bolsa media docena de mandarinas. «Pero si vengo a pagarle», protestó ella. «Y yo, a agradecerle los tamales», contestó él.

Desde entonces, cada sábado discutían un rato sobre quién le debía qué a quién. Doña Chayo, la de los jitomates, que lo oía todo desde el puesto de al lado, decía que esa cuenta no se iba a saldar nunca. Y ninguno de los dos tenía prisa por saldarla.

Para conversar. No hay respuestas buenas ni malas: cuente lo que recuerde.

- ¿Recuerda usted algún mercado o tianguis de su infancia? ¿Qué se vendía allí?
- ¿Había en su barrio algún vendedor o vendedora de confianza? ¿Cómo era?
- Don Celso siempre daba pilón. ¿Conoce usted esa costumbre o alguna parecida?
- ¿Qué le gusta más: comprar en un mercado o en una tienda grande? ¿Por qué?

El tianguis de los sábados: preguntas

1 Sin mirar el relato, conteste a estas preguntas. Si no recuerda alguna, vuelva a leer esa parte.

1. ¿En qué ciudad estaba el barrio de doña Ofelia?

2. ¿De qué color eran las asas de la bolsa del mandado?

3. ¿Cuántos años llevaba Ofelia comprándole fruta a don Celso?

4. ¿Cómo llamaba don Celso a la fruta que añadía de más?

5. ¿Dónde se había quedado el monedero?

6. ¿Qué le llevó Ofelia a don Celso el sábado siguiente, además del dinero?

2 Ordene lo que pasó: escriba 1, 2, 3 y 4 en las casillas.

- ☐ Ofelia le lleva seis tamales de rajas a don Celso.
- ☐ Don Celso le mete en la bolsa media docena de mandarinas.
- ☐ Ofelia descubre que ha dejado el monedero en casa.
- ☐ Don Celso pesa unas guayabas para Ofelia.

El tianguis de los sábados: soluciones

1 Preguntas de recuerdo

1. ¿En qué ciudad estaba el barrio de doña Ofelia?
   En Puebla.

2. ¿De qué color eran las asas de la bolsa del mandado?
   Rojas (de plástico rojo).

3. ¿Cuántos años llevaba Ofelia comprándole fruta a don Celso?
   Once años.

4. ¿Cómo llamaba don Celso a la fruta que añadía de más?
   El pilón.

5. ¿Dónde se había quedado el monedero?
   En casa, encima de la mesa de la cocina.

6. ¿Qué le llevó Ofelia a don Celso el sábado siguiente, además del dinero?
   Seis tamales de rajas.

2 Orden de los hechos

3 Ofelia le lleva seis tamales de rajas a don Celso.

4 Don Celso le mete en la bolsa media docena de mandarinas.

2 Ofelia descubre que ha dejado el monedero en casa.

1 Don Celso pesa unas guayabas para Ofelia.